

# CARTAS PASTORALES

QUE

el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor

**ARZOBISPO DE QUITO**

dirige

al Clero y á los fieles de la Arquidiócesis

ACERCA DE LA

**INSTRUCCION LAICA**

*(Reimpreso y obsequiado por los Cooperadores Salesianos)*



QUITO—1906

IMPRESA Y ENCUADERNACION SALESIANA



PRIMERA CARTA PASTORAL



1918-  
Nós, Federico González Suárez,

Por la misericordia divina y la gracia de la Santa Sede Apostólica  
ARZOBISPO DE QUITO, &

Á NUESTRO VENERABLE CABILDO METROPOLITANO,  
AL CLERO SECULAR, AL REGULAR Y Á TODOS  
LOS FIELES DE LA ARQUIDIÓCESIS  
DE QUITO:

**SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.**


*Manifesto ergo vobis veritatem, et non  
abscondam á vobis occultum sermonem.*

Voy á haceros ver claramente la verdad,  
y no quiero encubriros lo que está oculto.

(DEL LIBRO DE TOBIAS, capítu-  
lo duodécimo, verso undécimo).

*Venerables Hermanos y muy amados Hi-  
jos en Nuestro Señor Jesucristo:*

I

 EN LA última Carta Pastoral, que,  
como Obispo de Ibarra, dirigimos al  
Clero y á los fieles de esa Diócesis, explica-  
mos los deberes, que los padres de familia tie-  
nen para con sus hijos, relativamente á la  
instrucción religiosa de ellos: ahora las tristes  
y alarmantes circunstancias por las cuales va  
atravesando nuestra República, en la hora  
presente, nos obligan á dejar á un lado todo  
otro asunto, y á ocuparnos de preferencia en  
la educación de los niños. La educación de  
los niños será, pues, el asunto de esta nuestra  
Primera Carta Pastoral: asunto importantísi-



mo, asunto trascendental como ninguno otro, asunto de vida ó de muerte para nuestra República.

No obstante, hasta católicos ilustrados padecen engaño, cuando juzgan acerca de la educación cristiana de los niños, é ignoran los deberes, que la educación cristiana impone á la conciencia de todos los que son y desean seguir siendo de veras católicos; por esto, ahora nosotros vamos á manifestar la verdad y á desvanecer los engaños, que tan funestos son en esta materia.

En un asunto tan delicado, tan grave, tan importante bajo todos respectos, es necesario conocer claramente la verdad, no andar vacilando con dudas, ni torcer el recto criterio moral de la conciencia católica con engaños voluntarios. La verdad, toda la verdad: la verdad clara, sencilla, y tal que de todos pueda ser comprendida, así es como la vamos á exponer ahora. Hemos tomado las palabras que el Santo Arcángel Rafael dirigió al anciano Tobías y á su hijo: esas palabras hacen á nuestro propósito, y con ellas hemos comenzado esta Carta Pastoral.

El deber de enseñaros, de instruíros, de evangelizaros, es uno de los más sagrados deberes de nuestro ministerio pastoral. Vamos á haceros ver, de un modo claro, la verdad; y no queremos que se mantenga encubierto lo que está oculto. *Manifesto ergo vobis veritatem, et non abscondam a vobis occultum sermonem.*

## II

Comenzaremos explicando lo que es la educación.—¿Qué es educación? ¿En qué con-



siste la educación? ¿Será lo mismo educar que instruir? ¿Serán una y la misma cosa la educación y la instrucción?—Vamos á verlo.

El niño tiene dos facultades espirituales, nobilísimas, cuyo ejercicio debe ser dirigido con acierto: esas facultades son la inteligencia y la voluntad: la imaginación, la memoria, la sensibilidad, las pasiones, el alma, toda entera, será bien dirigida, si se dirigieren con acierto el entendimiento y la voluntad.—Con el entendimiento el niño ve la verdad, la conoce, la contempla, y con el conocimiento de la verdad, con la vista y contemplación de ella, mueve la voluntad, excitando en el corazón amor al bien y odio al mal. El niño, en los primeros años de su existencia, es completamente ignorante: su inteligencia está á oscuras y reposa, como dormida; pero, así como con el cuidado materno se van vigorizando los miembros del cuerpo, así también mediante el lenguaje, mediante la palabra, se va despertando la inteligencia, va adquiriendo actividad y poniéndose en movimiento. Cada palabra que oye el niño, cada ademán que ve, cada seña que nota, es como un golpe dado á su inteligencia: al golpe salta la idea, la percepción intelectual: el niño comienza á pensar, sin que sea posible á sus padres fijar el momento preciso en que se despierta el pensamiento. Conforme crece la claridad de la inteligencia, aumenta también la energía de la voluntad: la inteligencia abre sus ojos á la luz del conocimiento, la instrucción la ilumina; y la inteligencia, una vez despierta é iluminada, toca la voluntad, la mueve, la sacude, la enardece y prende en ella el fuego de

las pasiones, que, ya desde muy temprano, comienzan á agitar el corazón del niño.

El hombre no está ahora como salió de las manos de Dios: Dios lo crió al hombre recto, según la expresión de la Escritura Santa. Esa rectitud consistía en que todo en el hombre se hallaba bien ordenado: los sentidos estaban sometidos á la razón, y la razón obedecía á Dios sumisamente. El pecado original, el pecado de nuestro primer padre, trastornó en nosotros el orden de Dios; y de ahí la sublevación del cuerpo contra el alma, de ahí la lucha de los sentidos contra la razón, de ahí la rebelión de la inteligencia contra la verdad, y del corazón contra la virtud. ¡Ah! Ciertamente, el hombre no está ahora tal, como salió de las manos de Dios: está en ruinas, está trastornado, moralmente desordenado!!... Conoce la verdad, ama lo bueno; pero se abraza con el error y pone su contentamiento en lo malo: para la virtud siente repugnancia; el vicio le halaga, lo atrae, lo vence, lo cautiva.

¿Qué es, pues educar? ¿En qué consiste la educación?—Educar es dirigir, con acierto, al niño, desde que comienza á despuntar en su mente el uso de la razón: es ponerlo en el camino de la virtud, desde que empieza á dar los primeros pasos de la vida: es guiarlo por la mano hacia la consecución de sus destinos eternos: es fortalecerlo, para que no desfallezca en el cumplimiento del deber: es volverlo al sendero recto del bien, cuando de él se extraviare: es, en una palabra, hacerlo sólidamente virtuoso, de veras desinteresado y capaz de sacrificarse por Dios y por su Patria, cuando la gloria divina ó el bien de la Patria le exigieren sacrificios. Eso es educar.



Educuar es iluminar la mente del niño con la luz de la verdad, derramando en ella, con método y con tino, la lumbre de la ciencia, y esclareciéndola de tal modo, que, en adelante, pueda por sí misma distinguir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso: es hacerlo precavido contra las ilusiones, cauteloso contra la ignorancia y enemigo del error.

Educuar es sembrar, desde muy temprano, en el alma del niño la semilla de la virtud; arrancar de ella el germen del vicio: enseñarle á dominar sus pasiones é inspirarle amor, profundo y entrañable, al cumplimiento del deber. Desde muy temprano, es menester que el niño comprenda bien, se convenza y se persuada que tiene deberes para consigo mismo, para con sus semejantes y, sobre todo, para con Dios. Esto es educuar.

Educuar es, por lo mismo, formar al hombre para lo futuro, y perfeccionarlo tanto intelectual como moralmente. Síguese de aquí, que no es lo mismo instruir que educuar: una cosa es la instrucción y otra la educación. La instrucción es una parte de la educación, y no la educación misma. La instrucción perfecciona solamente la inteligencia, pero no regenera al hombre en el orden moral. ¿Acaso, es lo mismo la ciencia que la virtud? La ciencia le hace al hombre sabio; la virtud lo hace bueno. ¿Qué importa que el hombre sea sabio, si no es bueno? ¿Quién más sabio que Lucifer? ¿Quién más perverso ni más dañino que el demonio?... Dios es sabiduría y bondad: sabiduría infinita, bondad inagotable: infinitamente sabio é infinitamente bueno. La ciencia con la virtud nos hace semejantes á



Dios: el saber sin virtud nos asemeja al demonio . . . Padres de familia, madres de familia, ¿qué queréis que sean vuestros hijos? . . . Excoged!

### III

Hemos visto lo que es educar: hemos expuesto en qué consiste la educación y hemos hecho notar que la instrucción no es lo mismo que la educación. Quien solamente instruye, no educa. ¿Quién educa?—El que da la verdad á la inteligencia y siembra la virtud en el corazón: ése, y sólo ése, es el que educa.

Si educa de veras solamente el que, á un mismo tiempo, ilumina la mente del niño con la verdad y siembra en su alma y hace nacer en ella el germen de la virtud. ¿qué hace, cómo merece llamarse, el que, de propósito le ciega la mente con el error, y destila en su corazón el veneno del vicio?—Aquí es donde el Liberalismo y la Religión católica se ponen frente á frente, y se disputan el alma del niño.

En todas las cosas lo principal es el fin. Cuando emprendemos una obra, nos proponemos un fin; y, según sea el fin, que con la obra intentamos alcanzar, así es también la importancia de la obra, considerada en sí misma: esta es una verdad clara, palmaria, evidente. Para conocerla, no es necesario ser sabio: para confesarla nos basta el sentido común.—Educar no es ir contra el sentido común.

Conozcamos ahora el fin de la educación. El fin de la educación es proporcionarle al hombre, en este mundo, los medios para que alcance y logre su fin, su destino. Este y no

otro debe ser el fin de la educación.—En efecto, el hombre tiene ó no tiene un fin: sí, tiene un fin, la perfección, y, por consiguiente, la felicidad del hombre consiste en alcanzar su fin, en poseerlo perpetuamente, en no perderlo nunca. La educación ¿sería para el hombre un bien verdadero, si, á causa de ella, perdiera su fin? La educación sería para el hombre un bien positivo ¿si por ella dejara de ser feliz? ¿si por ella se hiciera desgraciado aquí, en este mundo? ¿si por ella consumara su desgracia en la eternidad?

Pues, hay una cierta educación, muy funesta para los niños; una educación, que los hace desgraciados; una educación, que los pierde sin remedio: esa educación es la educación anticristiana, educación sin Dios, educación que labra la desgracia del niño y causa la vergüenza de la familia: educación, cuyo resultado necesario es la pobreza y la afrenta para los padres de familia, á quienes Dios los castiga, ya desde este mundo, sirviéndose de los mismos hijos, como de verdugos y ejecutores de su justicia inexorable. ¡Padres de familia, ¿dudaréis de lo que acabamos de decir?

#### IV

La Iglesia Católica nos manda confesar que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre: el Liberalismo niega que Jesucristo sea Dios; y cuando más generoso quiere mostrarse con Jesucristo, entonces le discierne el título de filósofo. El Nazareno, dice, fue un gran hombre, fue un filósofo. ¿Qué educación dará á un niño cristiano el maestro, que niega la divinidad de Jesucristo? ¿No le arrancará



del alma la fe del Redentor? Sin fe en Jesucristo ¿qué fundamento se dará á la moral? . . . La Iglesia católica nos enseña que el hombre ha sido sacado de la nada por Dios; que el hombre tiene un fin último, un destino sobrenatural; que ese fin está en la eternidad y consiste en la posesión de Dios para siempre. El Liberalismo ¿qué dice? ¿Qué enseña? — El Liberalismo se sonríe y hace una mueca compasiva, como quien tiene lástima de los católicos . . . El fin del hombre, la eternidad, el cielo: esas son cosas que el Liberalismo no permite ni que se nombren á los niños en las escuelas. La Religión fuera de la escuela, fuera!!!

En cuanto al fin de la educación, hay, pues, una diferencia esencial y muy grave, entre el Liberalismo y la Iglesia católica. El Liberalismo unas veces guarda astuto silencio acerca del fin sobrenatural del hombre; otras prescinde por completo de toda doctrina religiosa, y hace como si el hombre no tuviera ni alma inmortal ni destinos eternos: cuando cuenta con el apoyo de los Poderes públicos, entonces, á las claras, niega á Dios, y destierra de la escuela á Jesucristo: persigue á Dios, y le hace la guerra; dando á su execrable impiedad el aire de la ciencia y los arreos postizos de la civilización. Así procede el Liberalismo, esa es la táctica suya en la educación. — Abrid los ojos, ved bien, ¿no os convenceréis?

¿Cómo procede la Iglesia? — La Iglesia católica, con una serenidad sobrenatural y una fortaleza que le viene del Cielo, enseña y afirma el dogma del destino eterno del hombre: lo inculca al niño, lo graba profundamente en el alma del niño, y se lo recuerda á cada instante.



La Iglesia católica jamás extravía al niño: le muestra sin cesar el Cielo y al Cielo lo conduce derechamente.—La escuela laica ¿á dónde conduce al niño? Qué camino le abre?... Como fin de la vida ¿qué le muestra? . . . .

Venerables Hermanos, amadísimos Hijos: en un asunto de tanta trascendencia para los individuos, para las familias, para la sociedad toda entera, queremos ser claros, explícitos, contundentes: que nadie yerre, que ninguno se equivoque ¿Queréis que los niños se salven? ¿Lo queréis de veras? ¿Lo deseáis de corazón?— Pues, dadles educación cristiana, educación netamente católica.

Padres de familia, ¿os descuidáis de la educación de vuestros hijos? ¿No pretendéis sino que logren un diploma, con cuyo medio tengan mañana el pan de cada día? El alma de vuestros hijos ¿no os inspirará lástima? . . . Quién sabe, si esa matrícula, con que los ponéis en el umbral de la escuela laica, no será un empujón, que, con vuestras propias manos, les dais para que caigan, sin remedio, en el Infierno. ¡El infierno! . . . . Eso es cosa vieja . . . dice el Liberalismo.—Cierto, el Infierno es viejo; antiguo, muy antiguo: tan antiguo como Satanás, para cuyo castigo lo preparó Dios, antes que el mundo fuera mundo!!

## V

El deber de educar es un deber propio de los padres de familia: este deber nace de la misma paternidad, y se funda en el derecho natural. ¿Quién debe educar á los hijos?— Los padres de familia. ¿Cúya es la obligación de educar á los niños? — Esa obligación es obligación pro-

pia de los padres de familia. En la tierra, no hay autoridad alguna que pueda dispensarles del cumplimiento de esa obligación: obligación personal, deber ineludible

Padres de familia, si en la tierra hubiera algún poder, que fuera capaz de destruir vuestra paternidad, y hacer que los que sois padres dejéis de ser padres de vuestros hijos, ese poder sería el único que tendría autoridad para exoneraros de la obligación de educar á vuestros hijos.

De la esencia misma de la paternidad nacen un *deber* y un *derecho*: el deber de educar, y el derecho sobre los hijos para vigilar la educación, que á éstos les dan los maestros y los institutores: nadie puede dispensar á los padres de ese deber; y, asimismo, nadie, absolutamente nadie, puede atentar contra ese derecho, ni ponerle obstáculos, ni forjarle contradicciones. ¿Qué son las escuelas? — Las escuelas no son sino medios, que los padres de familia emplean para cumplir bien el deber de educar á sus hijos: cuando un padre de familia pone á sus hijos en la escuela, no abdica los derechos de la paternidad, no renuncia á ellos, no puede desconocerlos, nó! Aunque lleve á sus hijos á la escuela, no, por eso, queda dispensado de la obligación que tiene de educarlos; esa obligación es inherente á la paternidad, ese derecho es, y debe ser, inviolable. La escuela es un establecimiento auxiliar.—El maestro auxilia al padre de familia; y comete un grave escándalo, y se hace reo de un crimen enorme, cuando burla la confianza del padre, cuando le hace traición, y, en vez de educar, corrompe á los niños.



## VI

Ahora bien: siendo la escuela solamente un mero auxiliar de los padres de familia, para facilitarles á éstos el cumplimiento del deber que tienen de educar á sus hijos, veamos qué condiciones ha de llenar la escuela, para que los padres de familia sinceramente católicos puedan educar en ella á sus hijos, sin cometer un pecado muy grave. Con el nombre general de escuela, hemos estado designando en esta nuestra Carta Pastoral todo establecimiento destinado para dar educación á los niños; pero ahora conviene que hagamos distinciones, á fin de que este asunto se esclarezca más y se comprenda mejor.

Los establecimientos de educación se fundan para varones ó para mujeres.

Los destinados á la educación de varones son de tres clases: escuelas de enseñanza primaria, colegios de enseñanza secundaria, y universidades ó corporaciones científicas para enseñanza profesional ó superior.—Pudiéramos tomar en cuenta también las Casas de Artes y Oficios, las cuales, en rigor, son establecimientos destinados á educación.

En todos estos establecimientos se deben considerar cuatro puntos esencialísimos, á saber: las condiciones personales de los maestros, profesores y superiores; los libros que sirven de texto para la enseñanza; el método ó sistema que rige y se observa en el establecimiento, y, finalmente, las condiciones de salud moral, si podemos expresarnos así, de los alumnos que concurren á la escuela ó colegio.

Para que un establecimiento de educación sea bueno, es necesario que en él todo sea



bueno: maestros, libros de texto, método de enseñanza y alumnos que asisten á las clases.— En los establecimientos católicos es indispensable que todo sea bueno.

¿En qué consiste la sustancia de la educación laica? ¿De qué se hace depender la perfección de semejante sistema de educación?—Para responder terminantemente á estas preguntas, es preciso que sepamos primero, qué fin se propone conseguir el Liberalismo con la educación llamada laica. La educación laica es obra del Liberalismo: el Liberalismo la inventó; nadie le niega su invención. Mas ¿qué se propone el Liberalismo, qué intenta, qué fin persigue con la educación laica?

El Liberalismo, con la educación laica se propone **descristianizar** á los pueblos: éso es lo que intenta, ése es su fin! Nadie ha de estar engañado: todos deben conocer muy bien el fin de la educación laica. ¿Qué fin es ése?—**Descristianizar** á los ecuatorianos.—Comprendedlo bien, padres y madres de familia!!!

Os lo dice vuestro Pastor; os lo advierte vuestro Prelado. ¿Ignorará vuestro Pastor lo que dice?—Vuestro Prelado ¿pretenderá, acaso, alarmaros?... Hay alarmas necesarias, hay alarmas salvadoras: el pastor ¿no se alarma, cuando oye aullar á los lobos hambrientos en torno del redil, donde duermen las ovejas indefensas?... ¿Qué diríais del pastor, que, al ver venir el lobo, huyera, dejando abandonado el rebaño á merced de la fiera?—Ese no es pastor sino asalariado, nos dice Nuestro Señor Jesucristo.... ¡Pobre Iglesia Ecuatoriana!... Todos tus pastores han sido llamados al descanso eterno, y has quedado huérfana en el

momento en que arrecian las asechanzas del Infierno y aumenta el peligro de perdición para las almas!.... Nuestra voz se levanta sola, clama aislada: salvad á vuestros hijos, salvadlos con tiempo!.... Cuando el lobo de la impiedad los hubiere despedazado, ¿podréis resucitarlos con lloros y con lamentos?.... Esos lloros, esos lamentos no alcanzan á tanto.... Ahora, en esta cuestión de la educación laica, es cuando se va á hacer prueba de vuestra fe, de vuestro amor á la Religión y de vuestra firmeza moral: todo el que se manifestare indiferente sepa que lleva en esa indiferencia suya un signo nada equívoco de reprobación eterna.

*Manifesto ergo vobis veritatem.* Os hemos puesto de manifiesto la verdad: no hemos consentido que, por más tiempo, ignoréis los planes que se tienen ocultos. *Non abscondam á vobis occultum sermonem.*—Ya os lo hemos hecho saber: ya no lo ignoráis vosotros, amadísimos Hijos en el Señor. Cuando llevéis vuestros hijos á la escuela laica, ya sabéis lo que van á aprender allí; ya no ignoráis lo que allí se les va á enseñar.... Los lleváis cristianos; pues, cuando regresen á vuestro hogar, los encontraréis cambiados, y tan ótros, que en cada uno de vuestros hijos tendréis un enemigo de Jesucristo.... No exageramos, no ponderamos: la verdad sencilla es lo que os estamos anunciando. Ya os lo decimos, ya lo sabéis.

Conocido el fin, que se propone conseguir el Liberalismo con la educación laica, podemos comprender ya en qué consiste la perfección de semejante sistema de enseñanza, ó, lo que es lo mismo, los medios de que se va-



le el Liberalismo para lograr su objeto.—El Liberalismo profesa el principio de la libertad de conciencia, y alardea de esa libertad; y se jacta de ella, como de un timbre de gloria; pero, en la práctica ¿qué es lo que hace?—Respeto todas las creencias, se descubre ante todos los altares, dobla la rodilla delante de todos los ídolos, quema incienso á todo simulacro; mas ¿qué hace con Jesucristo?.... Jesucristo le inspira odio, Jesucristo lo aira, Jesucristo lo enfurece: sólo para Jesucristo no hay tolerancia!!!.... A Jesucristo lo persigue, á Jesucristo le hace la guerra: quisiera que Jesucristo no fuera adorado en ninguna parte, y que en la divinidad de Jesucristo no creyera nadie: á ese fin va enderezada la escuela laica, ése es el fin que anhela conseguir el Liberalismo con su tan ponderada educación laica.

## VII

Cuatro son, dijimos las condiciones que se han menester para que un establecimiento de educación sea bueno: maestros, textos, régimen y condiscípulos.—El Liberalismo procura que todas cuatro condiciones sean laicas, es decir anticatólicas: laico, en la intención secreta del Liberalismo, equivale á anti-católico ó sin religión.

Como no es fácil que todas cuatro condiciones sean laicas, el Liberalismo procura que siquiera lo sea una de ellas; y, con notable astucia, con destreza, escoge la que le conviene más. ¿Cuál es ésa?—El Liberalismo lo sabe, el Liberalismo no se engaña: con tal que el maestro sea laico ¿qué importa que los textos no lo sean?—Antes, el maestro se servirá de esos



mismos textos católicos como de armas de combate contra la fe cristiana de los alumnos. ¿Cómo?... Un meneo de cabeza, á tiempo; una sonrisa desdeñosa; una mueca compasiva, son más poderosos para causar graves heridas en las almas candorosas de los niños, que todos los argumentos de la impiedad docta y de la incredulidad erudita: esas heridas son certeras, esas heridas son hondas, esas heridas son incurables!—El maestro laico no ha dicho ni una palabra: el maestro laico, con el catecismo de la doctrina cristiana en la mano, ha enseñado el camino de perdición á los niños....

A veces el maestro laico es reservado, el maestro laico es cauto: guarda un ademán medurado, pero no practica nunca acto ninguno de religión: está en todas partes, menos en la iglesia: los niños lo ven, los niños lo notan: hablan entre ellos, conferencian en secreto y no tardan en caer en la cuenta de que el maestro no tiene religión ninguna. ¿Qué sucede entonces? ¿Qué sucede?... Un aircillo sutil, aircillo de impiedad, comienza á soplar en la escuela: las almas de los niños se ajan, se marchitan: una hela la moral las ha quemado en la mañana de su vida! ¿Quién podrá volver á esas almas la lozanía, el vigor de la inocencia? Y si el maestro laico es aficionado á la bebida (tanto hemos visto así en estos tristes tiempos); si vive en público concubinato; si medra con granjerías inmorales; si es aventurero, sin honrosos precedentes; si es un advenedizo, sin hogar ni familia, ¿qué hará con los niños? ¿Qué escándalos verán éstos? ¿Qué máximas se les inculcará?...; Ah! niños!....; Pobres niños!!...



No es maestro laico; es maestra laica, es decir, mujer sin religión.... ¡Oh madres de familia, consideradlo bien!!..... Cuando la mujer pierde la fe ¿conserva siquiera el pudor?.... A la mujer que pierde la fe, no le queda nada, no le queda sino.... ¡cuán triste nos es decirlo!..... ¡la desvergüenza!!!....

Madres de familia, madres cristianas, tomad á vuestras niñas, apartadlas de vuestro seno y llevadlas á la escuela laica.... La corona de la inocencia yace deshojada, marchita, pisada en el umbral de esa escuela.... Entraréis dentro??....

El maestro laico, la maestra laica: hé ahí los instrumentos con que el Liberalismo, en todas partes, lleva á cabo su obra, la obra suya, la obra de DESCRISTIANIZAR á los pueblos.

Los libros de texto pueden ser muy buenos, muy católicos: no os tranquilicéis con sólo eso. El maestro, la maestra, éso es, ante todo; éso es lo primero; éso es lo esencial.

## VIII

En cuanto á los condiscípulos, sabed que, con uno ó dos de veras malos basta para perder un establecimiento de educación, por numeroso que sea: si los alumnos malos son hijos de un rico, de un acaudalado, de un magnate, la influencia sobre todos los demás niños es poderosa, es irresistible: para lo malo es el *fermentum malitiae et nequitiae* de que habla San Pablo: levadura de malicia y de perversidad, que, con ser tan poca, vicia toda la masa, sin que sea posible evitar la corrupción.

Por lo que hace al sistema de enseñanza, ya tenéis experiencia de cómo organiza sus esta-



blecimientos laicos el Liberalismo. Los vigila con ojo avizor, los acordona, los circunvala como plaza en estado de sitio. ¿Por qué se desvela? ¿Por qué se desvive?... Está desvelado, para dar la voz de alerta, así que Jesucristo se asome de lejos á la escuela: se desvive, para impedirle hasta el acercarse á la entrada; para eso son los acordonamientos, para eso las precauciones de sitio.... Ni una práctica religiosa, ni la más leve señal de religión. La escuela está fumigada.... se respira un ambiente de impiedad, que ofusca, que marea, que da vértigos!!!... ¿Qué sano está el establecimiento: la epidemia de la fe cristiana no hay peligro de que infeste á sus alumnos jamás!!.... Padres de familia, llevad allá á vuestros niños!....

No obstante, nos permitiréis haceros antes una pregunta. Si supierais que el maestro de la escuela de vuestro pueblo es elefanciaco ¿no temeríais que se contagien vuestros hijos?... ¿Qué os parecería, si el Supremo Gobierno, entre las condiciones necesarias para ser maestro de escuela, exigiera, precisamente, que el maestro fuera elefanciaco? ¿No os alarmaríais justamente? Si el maestro se calificara de más ó menos idóneo, según el estado en que estuviera su enfermedad, ¿no os horrorizaríais?....

• El maestro no es muy apto ¿por qué? — Porque la lepra no es muy contagiosa!.... Este otro liberal es excelente para maestro laico: de podridas se le comienzan á caer las carnes.... No habla,.... ganguea!... la fetidez de su aliento trasciende á distancia.

En la lepra, según los Santos Padres, estaba figurada en el Antiguo Testamento la

herejía: los leprosos del Evangelio fueron imagen de lo que, en el orden sobrenatural, son los incrédulos, los libre-pensadores.

La educación laica es en lo moral tan contagiosa como la elefancia: nadie puede vivir en contacto con el maestro laico y conservar sana el alma.

## IX

Las consecuencias que produce la educación laica son desastrosas en todo sentido: desastrosas para la moral, desastrosas para la salud: desastrosas para la familia, desastrosas para la fortuna, desastrosas para la sociedad entera.—Solamente la Religión cristiana, con su influjo divino, puede domar los instintos malos del hombre: en nosotros hay mucho de bestia, de fiera. La mano santa de Jesucristo es la única que puede amansarnos, transformarnos; cuando, mediante una educación de veras cristiana, esa mano bendita, esa mano prodigiosa, pasa sobre nosotros, al contacto de esa mano santificadora, nuestros instintos fieros se suavizan, y todo nuestro ser se siente regenerado.... Pero suprimid á Dios en la escuela: cerrad las puertas de la escuela á Jesucristo ¿qué será de vuestros hijos? ¿Qué será de vosotros mismos?.... La educación laica es la empresa de *descristianizar* al Ecuador: estemos alerta, no nos engañemos!!!.... Os lo advierte vuestro Pastor, que está por la misericordia divina, pronto á sacrificar su vida por vosotros.

No nos oponemos á que se funden escuelas: fúndense en buena hora cuantas se quiera, y multiplíquense hasta en los desiertos: donde



haya un niño, allí póngase una escuela; pero ¿para qué comenzar por exigir que en la escuela no se ha de nombrar siquiera el nombre de Dios? ¿No se ha de educar á los niños en las escuelas? ¿Se podrá educarlos, sin enseñarles á ser buenos, y á observar buenas costumbres? Se les inculcarán los deberes que tienen para consigo mismos, y para con sus semejantes ¿y no se les dirá ni una palabra de los deberes del hombre para con Dios? ¿Cuál será el fundamento de la moral, que se enseñará á los niños?

Hay dos clases de conocimientos: verdades necesarias, esenciales; y verdades útiles, provechosas, agradables.—Las primeras se deben enseñar á todos, sin excepción: nadie las ha de ignorar: basta que sea criatura racional, para que las sepa y las conozca bien.—¿Para qué estamos en este mundo? ¿Quién nos ha dado la vida? ¿A quién debemos la existencia?... ¿Cuál es nuestro último fin? ¿Cómo lo conseguiremos? ¿Qué deberes tenemos para con Dios, para con nosotros mismos, para con los demás? Después de esta vida mortal, que termina con el tiempo, aquí en este mundo, ¿hay alguna otra vida? ¿Qué vida es ésa? Todas estas son verdades necesarias; y el conocimiento, claro y exacto, de ellas es esencial para todos.

El sistema de educación laica prescinde, intencionalmente, de todas estas verdades: no quiere que el niño las sepa, ni menos que las considere y piense en ellas: acumula conocimientos superfluos, amontona materias sobre materias: bajo una balumba de cosas innecesarias fatiga al niño: después de años de trabajo, ignora lo que debería saber, y de cosas innecesarias tiene ideas vagas, confusas, inde-

terminadas.—El sistema liberal de la educación llamada laica tiene por objeto *exterminar por completo la Religión cristiana en nuestra República*: ya lo sabéis. Hemos cumplido con el deber de enseñaros.

Os hemos descubierto el fin oculto, que el Liberalismo se propone con su tan recomendada educación laica: no hemos querido que lo ignoréis, *Non abscondam a vobis occultum sermonem*.

Ese fin es el de descristianizar á los niños: ese y no otro es el fin de la educación laica. *Manifesto vobis veritatem*. Ya sabéis la verdad. Rogamos á Dios que os bendiga y en su nombre Nós os bendecimos sin cesar.

† Federico,

Arzobispo de Quito.

Quito, dos de Noviembre de 1906.







# SEGUNDA CARTA PASTORAL



# Nós, Federico González Suárez,

Por la misericordia divina y la gracia de la Santa Sede Apostólica

ARZOBISPO DE QUITO, &

Á NUESTRO VENERABLE CABILDO METROPOLITANO,  
AL CLERO SECULAR, AL REGULAR Y Á TODOS  
LOS FIELES DE LA ARQUIDIÓCESIS  
DE QUITO:

**SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.**

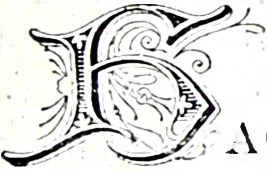
*Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem  
tuam, et annuntia populo meo scelera eorum,  
et domui Jacob peccata eorum.*

Clama, no ceses, resuene tu voz como trompeta, y declara á mi pueblo sus maldades, y á la casa de Jacob échale en cara sus pecados.

(DEL LIBRO DEL PROFETA ISAÍAS, capítulo cincuenta y ocho, versículo primero).

*Venerables Hermanos y muy amados Hijos en  
Nuestro Señor Jesucristo:*

## I

ACE pocos días os dirigimos nuestra Primera Carta Pastoral, y ahora volvemos á hablaros y á exhortaros de nuevo: en nuestra Primera Carta Pastoral os hablamos de la educación que llaman laica, y os exhortamos á aborrecerla y á detestarla: ahora vamos á tratar otra vez de ese mismo asunto, porque ese asunto es el más grave y el más trascendental de todos cuantos asuntos hay actualmente en nuestra República, con ser tan graves y tan trascendentales los asuntos públicos, que hoy nos tienen, con razón, afligidos, alarmados y consternados á todos.



Jamás, en ningún tiempo, se ha encontrado nuestra Nación en circunstancias más tristes, más angustiosas ni más desconsoladoras, que ahora, cuando parece que los elementos y los hombres se hubiesen confabulado para arruinarlo y para destruirlo todo: las fuerzas de la Naturaleza y las pasiones de los hombres se han como puesto de acuerdo para extinguir las fuentes de la vida en nuestra desgraciada República: una prolongada sequía va convirtiendo, poco á poco, los campos en desiertos, y donde antes se oía el ruido de la vida, comienza ya á reinar el silencio de la muerte: las pasiones de los hombres, con una ceguera desapoderada, se afanan por cavar pronto el sepulcro, en que ha de ser arrojado el pueblo ecuatoriano. El cielo, airado, niega á los campos hasta una gota de lluvia: el verdor natural se marchita, se seca, muere: soplan vientos desoladores, y, en medio de una claridad deslumbradora, se presagia algo desconocido y aterrador: en la Naturaleza ha acontecido algo, cuyas consecuencias inspiran terror.

En lo moral, en lo religioso, ¿qué sucede? ¿Qué estamos presenciando?... Nosotros mismos, los ecuatorianos, empeñados en poner por obra, en llevar á cabo una empresa, y en ponerla por obra pronto, en llevarla á cabo cuanto antes: para empresa semejante toda diligencia es descuido, todo afán es lentitud: la empresa es magna, conviene realizarla sin tardanza; urge darle cima, sin pérdida de tiempo . . . . ¿Qué empresa es esa? ¿Cuál es esa obra magna? . . . . ¿Sabéis cuál es? . . . . La de matar moralmente al Ecuador, la de extinguir del todo las fuentes de la vida religiosa, la de desterrar á Jesucristo, la de perseguirlo en la niñez, la de hacerle guerra en el hogar, en la escuela, en el colegio, en el foro, en todas partes . . . . Jesucristo, ése es el criminal, contra quien hay que legislar: Jesucristo es el enemigo á quien, de

hoy en adelante, la autoridad ha de perseguir en el Ecuador . . . . Mientras el espíritu del cristianismo siga vivificando, como hasta ahora, á los ecuatorianos, el Ecuador ha de vivir con vida moral, con vida sana, con vida robusta: ¿qué haremos para darle muerte? ¿Cómo haremos para extinguir las fuentes de la vida social en su mismo origen? — Persigamos á Jesucristo: persigámoslo, con perseverancia: hagámosle guerra, principalmente en el hogar doméstico, y en la escuela: con el matrimonio civil y con la ley sobre el divorcio, hemos procurado ya echar fuera del hogar doméstico á Jesucristo: ahora ¿qué nos queda por hacer? — Desterrarlo de la escuela, cerrar las puertas de todos los establecimientos de instrucción pública á Jesucristo, y con eso el Ecuador desfallecerá pronto, morirá sin remedio . . . . Así se han dicho algunos ecuatorianos; así lo han acordado unos cuantos compatriotas nuestros; y, diciéndolo así y acordándolo así, al punto, han puesto manos á la obra, á la obra antipatriótica, á la obra de extinguir en su fuente misma la corriente de la vida moral en el Ecuador!! . . . .

## II

Ahora yo clamo; ahora yo levanto mi voz: mi clamor es clamor de Obispo católico; mi voz es voz amiga, voz de Pastor . . . . Clamo, he clamado, no cesaré de clamar, *Clama, ne cesses*: esforzaré mi voz, gritaré: daré á mis gritos de alarma la vehemencia de una trompeta. *Quasi tuba exalta vocem tuam.*

¿Cuándo se ve que comienza á prender el fuego, no se clama, no se grita, no se da la voz de alerta? . . . . El Liberalismo, tizón en mano, llega: á la cuna, donde duerme tranquila el sueño de la inocencia la niñez ecuatoriana, se acerca: ¿qué quiere? ¿Qué intenta? ¿Qué propósitos son los su-



yos? . . . . Quiere matar la vida moral: sus propósitos son propósitos de muerte . . . . Yo grito, yo doy la voz de alerta: grito á tiempo: doy la voz de alerta en momento oportuno: mis gritos, gritos de patriotismo son: mi voz, voz de quien ama de veras á su Patria es: para mí no hay ahora, ni ha habido nunca, partidos: ahora, como antes, para mí no hay más que Patria. ¡La Patria! . . . . ¡Esta Patria ecuatoriana, contra la cual han conspirado sus propios hijos, persiguiendo la fe y destruyendo de las escuelas á Dios! . . . . Sí: crimen es, y gran crimen, la institución de la escuela laica: se conspira contra la República y se procura la ruina de élla, cuando se manda que á los niños en las escuelas no se les hable siquiera de Dios . . . . Por eso, yo clamo; por eso yo no cesaré de clamar; por eso yo hago conocer lo malo; por eso yo advierto, clara y francamente, que es crimen contra la Patria la institución de la escuela inmoral, de la escuela impía, de la escuela sin Dios, de la escuela laica. *Clama, ne cesses: annuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum.*

¿Estaré yo, acaso, engañado? ¿Serán temores infundados los míos? — Buscad los periódicos liberales, en que se aboga en defensa de la escuela laica: leed los cuadernos, que se han dado á luz para ensalzar la instrucción laica: ¿qué se dice en ellos? ¿Qué se recomienda en ellos? ¿Qué es la educación laica según ellos? . . . . Se dice que Jesucristo no es verdadero Dios, sino un puro hombre; se ignora á Jesucristo con Mahoma; se blasfema de la adorable Eucaristía, se injuria á la Virgen María, se recomienda la impiedad, llamando barbarie, oscurantismo, atraso, a la Religión . . . . Yo dije, en mi Primera Carta Pastoral, que el fin que se proponían nuestros compatriotas, al instituir entre nosotros la educación laica, era **des-cristianizar** á los ecuatorianos; y, para que á



nadie le quede ni la más leve duda de que yo no me había engañado, los mismos escritores liberales lo han confesado claramente, haciendo ostentación de sus propósitos hostiles á la fe cristiana. ¿Cuál es el fin, que los liberales se proponen con la educación laica? — Arrancar de raíz la Religión cristiana, **desecristianizar** al pueblo ecuatoriano, ése es el fin de la escuela laica: ésa es la obra magna, en cuya realización se halla empeñado el Liberalismo. ¿Quién lo dice? ¿Cómo se conoce? — Lo dicen los escritores liberales: lo declaran los escritores liberales: nadie puede dudarlo; nadie puede estar ya engañado . . . . La marejada de la impiedad lo ha invadido ya todo en el Ecuador; en torno de la Cruz se arremolina; sus embates se redoblan ¿logrará derribar la Cruz? . . . .

Esas oleadas de impiedad, que golpean el pedestal de la Cruz; esas oleadas, que, hace diez años, están embistiendo, con tenacidad furiosa, el signo sagrado de nuestra redención, ¿lo echarán, al fin, por tierra? . . . . ¡Ah! . . . . Ecuatorianos, ah! compatriotas, reflexionad, que la Cruz no se derriba nunca impunemente . . . . Cuando la Cruz cae derribada por el suelo, la libertad política cae también, y se hunde en el caos de la anarquía . . . .

¿Qué es lo que va á hacer, desde mañana, en el triste Ecuador el Liberalismo con su escuela laica? Qué es lo que va hacer? ¿Queréis saberlo? — Yo os lo diré: va á amamantar la demagogia á los pechos de la impiedad! . . . . Esa es la escuela laica . . . .

### III

Queremos ser sencillos, queremos ser claros, y tan claros y tan sencillos, que nos entiendan, sin esfuerzo alguno, hasta los más ignorantes: esta nuestra palabra va dirigida á todos, sin excepción. Nuestro fin es instruir, nuestro deseo es



enseñar: abrir los ojos y obligar á que vean, hasta los que no quieran ver.

Esta nuestra Carta Pastoral está muy léjos de tener pretensiones literarias: es plática sencilla, plática de Pastor, al fin, de Pastor, que anhela salvar de las fauces del lobo infernal á sus desvalidas ovejas.

Comencemos.—¿Qué es educación laica? ¿Qué escuela merece ser llamada laica?—Educación laica es la educación contraria en todo á la educación cristiana: la educación cristiana procura formar cristianamente á los niños, para que, viviendo en este mundo vida virtuosa, según la moral enseñada por el Evangelio, se salven y consigan la felicidad eterna, que es el fin para que ha criado Dios al hombre en la tierra.

En la escuela laica se educa á los niños, con prescindencia absoluta de Dios y de la salvación eterna: el maestro cristiano considera á los niños como futuros moradores de la Patria celestial, los pone en el camino recto, que conduce allá, y, con sus lecciones y, sobre todo, con sus ejemplos, los va formando diligentemente, sin perder nunca de vista el fin sobrenatural. El maestro laico ha dado la espalda al cielo, y él mismo se ha entrado por el camino ancho del mundo, que conduce derecho al abismo infernal; y á ese camino los arrastra á los niños de su escuela: los pone en el camino del infierno, los extravía, adrede, del camino del cielo, y los empuja á la perdición eterna.

El maestro cristiano, en su escuela, ejerce para con sus alumnos el ministerio del Angel de la Guarda: como los Santos Angeles Custodios, ampara á los niños contra las seducciones del mundo, y les enseña á temer y á amar á Dios: el maestro laico hace con sus discípulos lo que el demonio hizo con nuestros primeros padres, con Adán y con Eva, en el Paraíso terrenal.—Ordinariamente, el maestro laico es un ángel caído, es decir,

un individuo católico, que ha renegado de su religión: á veces, los compromisos del partidismo político le hacen representar en la escuela el papel de demonio, aunque en su alma no haya renegado de la fe todavía. Satanás tuvo envidia de la felicidad de nuestros primeros padres, y, estimulado por la envidia, los tentó y los sedujo, para hacerlos desgraciados: les habló de la ciencia, y de la libertad, y les inspiró sentimientos de soberbia, para que se rebelaran contra Dios.

Así hace el maestro laico: no se contenta con ser apóstata él sólo; pone los ojos en sus alumnos, los ve inocentes; siente envidia de su fe y comienza á tentarlos. ¿Cómo los tienta? Como tentó Satanás á nuestros primeros padres: les alaba lo sabroso de la ciencia, y les pondera lo halagüeño de la libertad. El Liberalismo es luz, les dice; el catolicismo, tinieblas: ¿para qué esas prácticas de religión? . . . .

Satanás es llamado en las Santas Escrituras el gran homicida, *Homicida ab initio* . . . . Oficio de homicida, labor de homicida es la del maestro laico, en su escuela sin religión: mata y mata. ¿Qué mata? ¿A quién da muerte? . . . . Mata las almas inocentes de los niños, da muerte á las almas inocentes de los niños: les quita la vida del alma, quitándoles la fe. El cuerpo, decía San Agustín, vive por el alma, que lo anima; y la vida del alma es Dios. *Vita corporis anima; vita animæ Deus* . . . . Esa vida, la vida del alma, es la que quita á sus niños el maestro laico, que en su escuela hace lo que Satanás hizo en el Paraíso terrenal con nuestros primeros padres. Homicida, matador, le llama, por eso, el Espíritu Santo á Satanás: ¿cómo merecerá ser llamado el maestro laico?

#### IV

Puede suceder que en una escuela se les haga aprender de memoria á los niños el Catecismo



de la Doctrina cristiana: pudiera ser también que se les hiciese rezar algunas oraciones devotas, y aun que se los llevase á la iglesia para asistir al Santo Sacrificio de la Misa: todo eso es bueno, todo eso es saludable; pero la educación cristiana, la educación verdaderamente cristiana, no consiste solamente en eso. No! . . . . Venerables Hermanos, amadísimos Hijos: vamos á decir una verdad, que, sin duda, sorprenderá á muchos.

Rezar oraciones devotas es bueno, es santo, es laudable; pero, considerado el rezo de oraciones devotas como una práctica muy propia de la educación cristiana, la bondad de ese acto no consiste sólo en el rezo, sino en *el modo* de rezar: en el modo está precisamente la bondad del rezo. Lo explicaremos.

Rezar oraciones devotas es orar, orar con la boca. Hay dos modos de orar: la oración, que se hace con el corazón, con el alma, con toda el alma; y la oración, que se hace con la boca, con los labios. Cuando se reza oraciones devotas, deben ejercitarse, á una, ambos modos de orar: ha de ponerse toda el alma en la oración. La mente ha de contemplar la verdad, el corazón ha de estar ardiendo en el santo fuego de la piedad, y los labios han de pronunciar clara, digna y devotamente, las palabras.

La oración cristiana, la oración bien hecha, constituye uno de los más esenciales elementos de la educación cristiana.— ¡Conque la oración es un elemento de la educación cristiana! preguntarán riéndose los liberales . . . . Sí: la oración, la oración bien hecha, la oración hecha como se debe hacer, según el espíritu del Evangelio, es elemento, elemento esencial, de la educación cristiana. ¿Queréis convenceros de éllo? ¡Atendedme un momento.

Cuando se educa bien á los niños, se les enseña prolijamente los deberes que tienen para consi-



go mismos, para con sus semejantes, y para con Dios: se les inculca que los deberes para con Dios son los principales, y el fundamento de todo otro deber moral; y, como uno de los deberes que tenemos para con Dios, es el de alabarle y bendecirle; agradecerle sus beneficios, pedirle el perdón de nuestros pecados é implorar de su misericordia el remedio de nuestras necesidades; por eso la oración es uno de los elementos esenciales de la educación cristiana. ¡Orar! ¿Qué es orar? Orar es levantar el corazón á Dios, para hablar con Dios, para ponernos en comunicación con Dios; comunicación amorosa, comunicación filial, porque, según el Evangelio, Dios es nuestro Padre. *Pater noster, qui est in caelis.* Padre, Padre nuestro, Padre, que está en los cielos.

La práctica de rezar oraciones devotas en la escuela es práctica buena y laudable; pero ella sola no bastaría para que una escuela dejara de ser laica, y se convirtiera en católica. Asimismo no basta que se haga aprender de memoria el Catecismo de la Doctrina cristiana: una cosa es saber la Doctrina cristiana, y ótra ser educado cristianamente. Un hereje, un impío, un ateo puede ser muy instruído en la ciencia de la Religión. El aprender, pues, de memoria la letra de la Doctrina cristiana no es ser educado cristianamente. Notadlo bien, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, en Nuestro Señor Jesucristo.

El estudio de la Religión cristiana en la escuela no se ha de equiparar nunca con el estudio de las otras ciencias ó artes, cuyos primeros rudimentos se aprenden en la escuela: no es lo mismo el estudio del Catecismo de la Doctrina cristiana, que el estudio de la Aritmética, por ejemplo. El fin de ambos estudios no es el mismo: son muy distintos los fines de esos estudios. La Aritmética puede ser ignorada completamente por el niño, sin que el niño deje, por eso, de ser bueno: la



ignorancia de la Religión lo hace moralmente malo, aunque esa ignorancia, cuando sea invencible, no se le impute al niño como culpa personal suya, sino á sus padres ó á los que, pudiendo y debiendo instruirlo, no lo han instruído.

La ignorancia de las ciencias y de las artes humanas no le perjudicaría en nada al niño, para la consecución de su fin sobrenatural: la ignorancia de la Doctrina cristiana sería ruinoso para el niño, porque pondría en grave peligro su salvación eterna. El conocimiento de los elementos de las ciencias y de las artes lo hace al niño instruído: se le enseña la Doctrina cristiana, para que el conocimiento de ella lo haga virtuoso.

Guardaos mucho, padres y madres de familia, de esas escuelas, donde á los niños se les enseña únicamente *la letra* del Catecismo cristiano. ¡Qué bien saben los niños de la escuela de tal ó cual maestro el texto de Religión! suele decirse . . . . La sustancia de la educación cristiana, advertidlo bien, no está en que los niños sepan solamente de memoria el texto de la Doctrina cristiana: escuela puede haber en que los niños no ignoren ni una tilde del texto de la Doctrina cristiana, sin que, con todo eso, la tal escuela sea de veras buena.

¿Qué haremos para acertar en la elección de una escuela para nuestros hijos?, preguntaréis vosotros, los que sois padres de familia y os inquietáis, con razón, por el bienestar verdadero de de vuestros hijos.—Nosotros os daremos una señal muy segura, para que podáis conocer cuál establecimiento de educación es bueno, y cuál es malo: esa señal nos la ha dado el mismo Jesucristo. El árbol se conoce por sus frutos, decía el Maestro divino: el árbol bueno da frutos buenos; el árbol malo da frutos malos. Atended, pues, con sumo cuidado á los resultados de la educación, que reciben vuestros hijos en las escuelas.—En la escuela ¿se reza?—Eso sólo no basta.

En la escuela ¿se aprende de memoria el Catecismo? Tampoco basta eso sólo.

¿Qué costumbres tienen vuestros hijos? ¿Son buenos? ¿Son malos? ¿Qué son?... Consideradlo y ponderadlo concienzudamente, y así no os equivocareis jamás.

¿Los habéis educado bien á vuestros hijos, en vuestra propia casa? ¿Les habéis enseñado desde ternuzuelos el santo temor de Dios? ¿No les dais vosotros malos ejemplos?—¿De dónde proviene la prematura depravación de ellos? ¿No serán efectos funestos, pero necesarios, de la educación, que reciben en la escuela?... El árbol malo da frutos malos!

## V

En la educación de los niños hay que considerar dos cosas inseparables, el deber y el derecho, os decíamos en nuestra Primera Carta Pastoral: deber, propio de los padres: derecho, propio de los padres.—Ese deber es personal, y lo han de cumplir por sí mismos la madre y el padre del niño: nadie puede dispensarles del cumplimiento personal de ese deber; y el maestro de escuela no es más que un mero auxiliar del padre y de la madre en la obra de la educación del niño.

Un padre, una madre ¿tendrá derecho para disponer á su arbitrio de la vida temporal de sus hijos? ¿Cuál de las dos vidas es más preciosa: la vida del cuerpo ó la vida del alma? Si el padre no tiene derecho sobre la vida temporal de su hijo, ¿tendrá algún derecho sobre la vida sobrenatural, sobre la vida del alma de su hijo? Si un padre no tiene semejante derecho ¿lo tendrá un maestro de escuela, que no es más que un auxiliar de los padres de familia para la educación de los hijos?



El padre y la madre están estrictamente obligados á procurar para sus hijos todos los bienes que sean necesarios para la perfección y, por consiguiente, para la felicidad de ellos: por lo mismo, han de esmerarse en evitarles todo mal, y en proveerles de todo bien. Como hay bienes de diversas clases, y como unos bienes son medios para alcanzar otros bienes más excelentes, (que son fin respecto de aquéllos), el padre y la madre, en el procurar el bien para sus hijos, han de guardar el orden establecido por la Providencia: los bienes temporales son menos excelentes que los bienes espirituales; los bienes sobrenaturales son más preciosos que los bienes espirituales. El padre está obligado á dar á sus hijos el alimento corporal, con que se conserva la salud ; y no estará obligado á procurar para el alma inmortal de su hijo el pan de la gracia divina, sin la cual es imposible la salvación eterna?

La escuela laica, en la cual se da al niño una educación sistemáticamente impía, es el mayor mal, que se le puede causar al niño: es una conjuración contra todos los bienes del niño. El maestro laico es un verdadero salteador, que acomete á los niños y les saltea, y los despoja de todos los bienes: salteador, tanto más infame, cuanto se vale de su magisterio para dejar á sus infelices discípulos desnudos de todo bien.

¿No os acordáis de lo que con los niños de Belén y su comarca hizo el rey Herodes? . . . . Los mandó degollar, y los niños fueron degollados . . . La orden del tirano se cumplió: sus esbirros la ejecutaron impávidamente, á sangre fría! ; En odio á Jesucristo fueron degollados los niños de Belén!! . . . ¿No encontráis en este suceso de la historia evangélica un trasunto de la escuela laica? . . . Ese rey, que persigue á Jesucristo, ¿no será el Liberalismo, amigo del poder absoluto y duro de entrañas, como Herodes? Los maestros de la escuela laica ¿no es-



tarán figurados en esos esbirros, que degollaron á los niños de Belén? . . . . Desenvainaron su cuchillo, lo empaparon en sangre inocente, alargaron la mano ensangrentada, y Herodes dejó caer en ella el salario del esclavo . . . . ; Crimen es, crimen como el de Herodes, la escuela laica! . . . . ; Maestros!, ¡ah maestros laicos!, extended la mano . . . . el Liberalismo mezquino dejará caer en ella, de tarde en tarde, céntimo tras céntimo, el salario con que pagará vuestra labor infanticida . . . . ; Ah! si les hubieseis quitado á vuestros alumnos solamente la vida temporal, seríais criminales: vuestro crimen es enorme, porque les habéis arrebatado la vida del alma, la vida sobrenatural, la fe! . . . . *Vita animæ Deus.*

La enseñanza laica es un crimen contra la Religión, contra la Iglesia, contra la familia, contra la Patria: con la instrucción laica los Poderes públicos hacen, en el orden moral, con los niños lo que, en el orden temporal, hizo Herodes con los niños de Belén y sus contornos: los degüellan! ¿Qué derecho tienen los poderes públicos para imponer á las naciones católicas la educación laica? El mismo derecho que tuvo Herodes para hacer degollar á los niños de Belén . . . . El degüello de los niños de Belén medida de política fue . . . . El odio contra Jesucristo, entonces y ahora.

El padre y la madre tienen el deber de educar á sus hijos: y entre los poderes políticos no hay poder ninguno, por absoluto que sea, que tenga derechos omnímodos sobre la educación de los niños. Los Poderes públicos podrán vigilar, dentro de ciertos límites, la educación doméstica; pero, violentar á los padres de familia, constreñirlos, por la fuerza, á dar á sus hijos una educación desmoralizadora, no pueden; para eso no tienen derecho ninguno legítimo . . . . Si ese derecho existiera, sería el derecho de hacer daño: todo derecho tiene necesariamente por fin un bien, una cosa buena. De-



recho para hacer el mal, ni ha existido ni podrá existir nunca.

Resumiremos todo cuanto hasta aquí hemos dicho. La educación laica consiste en dos cosas: primera, en inspirar al niño desprecio y odio á la religión católica; y segunda, en atizar en el corazón del niño las pasiones malas y los instintos depravados.—Esto es la educación laica; en esto consiste: nadie se engañe, creyendo que la educación laica es otra cosa. La educación laica es un crimen contra la Religión y contra la Patria. Lo decimos claro, bien claro: lo advertimos francamente, sin rodeos ni disimulaciones: los rodeos, los disimulos nos harían á nosotros cómplices de un crimen, y ¡qué crimen!!! . . . . ¡Dios mío!

El rezo de las oraciones devotas, el estudio de la letra del Catecismo de la Doctrina y una ú otra práctica piadosa no bastan para calificar de cristiana á una escuela: para que la educación que se da en una escuela sea educación netamente cristiana, es necesario que el régimen de la escuela, los textos de enseñanza y la conducta del maestro sean cristianos. El maestro, el maestro, sobre todo el maestro, debe ser sinceramente católico, para que pueda dirigir una escuela de niños católicos.

El Catecismo, que se adopte como texto de la Doctrina cristiana, lo ha de señalar y lo ha de determinar el Obispo de cada Diócesis: esa es atribución propia y exclusiva del Pastor en cada Diócesis. Nadie ha de presumir dar explicaciones de la Doctrina cristiana, sin el permiso y aprobación del Obispo diocesano, bajo cuya vigilancia y dirección han de estar siempre los establecimientos de educación, en todo lo relativo á la moral y á la religión. El Obispo tiene en su propia Diócesis, por derecho divino, la atribución de enseñar y de instruir á sus ovejas en todo lo necesario para la salvación eterna; y, en virtud de esa atribución,

ha de vigilar las escuelas, á fin de que en ellas los niños sean educados cristianamente.

## VI

Veamos ahora el fundamento de la educación laica.—La esencia del sistema liberal, considerado como opinión político-religiosa, consiste en el desconocimiento completo de toda religión, principalmente de la cristiana y de la católica, en todos los actos de la vida, así privada como pública: hay una cierta clase de liberalismo moderado, que se queda á medio andar en el camino del error; y no se atreve á deducir todas las consecuencias, que, lógicamente, se sacan del error fundamental del Liberalismo. Ese error es lo que, en su lenguaje poco filosófico, suele llamar el Liberalismo *libertad de conciencia*.

¿Qué es esta libertad de conciencia? ¿Cómo la entiende el Liberalismo? ¿A qué se reduce en la práctica?—La libertad de conciencia, según lo enseñan los defensores del Liberalismo, consiste en la facultad que tiene todo hombre de profesar la religión que le plazca. Cada uno puede tener la religión que quiera: así dicen los liberales.

Según esto, la religión verdadera no sería una sola, ó, lo que es lo mismo, no habría religión ninguna verdadera, ni menos religión divina sobrenatural y revelada.—No es esta Carta Pastoral una refutación científica de los errores del Liberalismo; por esto, dejando ahora á un lado, de propósito, todo argumento elevado y filosófico, echaremos mano solamente de razones obvias y sencillas. Para manifestar lo erróneo, lo absurdo del fundamento del Liberalismo, nos bastará el sentido común.

La religión ¿qué es? ¿qué debe ser?—La religión no puede menos de ser el vínculo de unión entre el Criador y la criatura racional, entre Dios



y el hombre. ¿Quién de los dos es superior? ¿El hombre podrá ser superior á Dios? Si la religión es el servicio, que el hombre tributa á Dios, ¿quién debe reglamentar ese servicio? . . . . Si el hombre es dueño de elegir la religión que le plazca, síguese necesariamente, que el hombre es superior á Dios, y que la religión no es el vínculo de dependencia del hombre respecto de Dios, sino de Dios respecto del hombre. ¡Dios inferior al hombre! El Todopoderoso á merced de los caprichos y de las pasiones del hombre! Dios sujeto al hombre! Hé ahí el tan ponderado fundamento del Liberalismo, á saber la libertad de conciencia, que equivale á la negación de toda religión. Por esto, para los liberales, consecuentes con su liberalismo, no hay religión ninguna; no hay más Dios que el dios Exito!

Así se explica fácilmente por que el Liberalismo es inventor y sostenedor, donde quiera, de la educación laica.—¿Cuál es el fin que el Liberalismo se propone con semejante educación?—Ya lo dijimos antes, y ahora lo repetiremos: el fin de la educación laica es descristianizar á los pueblos, y, para eso, arrancar la religión del alma de los niños.

El maestro laico no puede ser indiferente respecto de la religión católica; pues, ó la enseña sinceramente, y entonces no es laico; ó la combate, la persigue, ya directa, ya indirectamente, ya á las claras, ya de un modo encubierto. Indiferente es moralmente imposible que pueda ser jamás.—Detengámonos un momento para probarlo.

El maestro laico ¿enseñará la historia del Ecuador?—Debe enseñarla; porque esa es una de las materias, que, por la ley, está obligado á enseñar. Ahora bien, la enseñanza de la historia del Ecuador ¿no es cierto que le pone al maestro laico en la necesidad ineludible de atacar la religión, de calumniar á la Iglesia, y de enseñar á los alumnos el error? . . . .

No es la historia del Ecuador, es la Ortografía: ¿no será muy natural que los niños le hagan al maestro laico las siguientes preguntas: ¿por qué la palabra *Dios* se escribe siempre con letra *D* mayúscula? ¿Cómo se escribirá un nombre, cuando es el nombre propio de un santo? ¿Cómo se escribe ese mismo nombre, cuando es nombre de un pueblo?—El maestro laico, con semejantes preguntas entra de lleno en el terreno de la religión. ¿Qué les dirá á los alumnos? ¿Qué explicaciones les dará?

Nuestro ministerio nos obliga á exponer, con todo desenfado, nuestro juicio á este respecto.—El maestro laico estará siempre dispuesto á captarse la voluntad de quien puede darle ó quitarle el sueldo: no queremos añadir á esto ni una palabra más. Cualquiera puede conocer lo fundado de nuestras consideraciones.

Las consecuencias de la educación laica son terribles: estamos despavoridos, pensando en el porvenir de las pobres familias ecuatorianas.

En todas sus acciones el hombre se propone siempre un fin: ese fin es necesariamente un bien. Empero, el bien puede ser ó un bien aparente ó un bien verdadero. El bien verdadero, se llama bien honesto: el bien aparente es ó útil ó deleitable. La moralidad, la utilidad, el deleite son, pues, los tres estímulos, que aguijonean la voluntad humana.

El hombre, de suyo, siente una inclinación violenta al placer; y el egoísmo lo vence y lo arrastra á buscar su utilidad: de ahí una lucha constante, terrible, sin treguas, entre el deber y las pasiones; entre la conciencia y los apetitos.—Una educación cristiana lo transforma moralmente al niño: lo ilustra y lo fortalece, en la hora del combate entre el vicio y la virtud lo sostiene, lo alienta y le enseña á dominarse á sí mismo, á vencerse. La educación laica debilita la voluntad



para el bien, enardece las pasiones é irrita los apetitos: el niño se alimenta con el deleite, que lo enerva y enflaquece; repugna el trabajo, huye de todo lo que le exige sacrificios, por leves que sean, y poco á poco va sintiendo que se hielan en su pecho hasta esos afectos tiernos y delicados que constituyen el encanto de la vida apacible del hogar. La educación laica es eficacísima para fomentar las pasiones malévolas, y atizar las inclinaciones ruines del corazón humano.—Padres de familia, guardaos de las escuelas laicas, guardaos con tiempo.

## VII

El pecado que cometen los padres de familia consintiendo que sus hijos concurren á la escuela laica, no lo deja Dios nunca impune en este mundo: además del castigo que les reserva en la eternidad, también aquí mismo, en este mundo, los aflige, los humilla y los afrenta, valiéndose para afligirlos, para humillarlos y para afrentarlos de sus mismos hijos, como instrumentos de su justiciera Providencia. Los padres pronto, muy pronto, comienzan á experimentar los funestos resultados de la educación laica.

¿Cuál es el primer resultado de la educación laica?—El primer efecto de la educación laica es endurecer el corazón del niño, secarlo y hacerlo insensible á todos esos santos y tiernos afectos de familia: ese primer resultado no tarda, se manifiesta pronto.... El niño educado en la escuela laica ya no ama á sus padres: siente desvío respecto de ellos: no los respeta, en su interior hasta los desprecia. Encuentra defectos en ellos, y las mismas virtudes le causan hastío.

Altivo, osco, grosero, el hijo educado en la escuela laica, es una verdadera calamidad doméstica: lloran sus padres, pero lloran en vano: esas lágrimas son tardías!

¿El padre es rico? ¿Tiene fortuna?—Pues el hijo educado en la escuela laica, la derrochará: sed hidrópica de dinero, es otro de los efectos necesarios de la educación laica . . . . Padres de familia, madres de familia, ¿educasteis á vuestros hijos en la escuela laica? . . . . Sabed, que no tardarán en dejaros en la mendicidad.

Nuestra fortuna es cuantiosa, decís.—Nosotros os respondemos, sin vacilar: tanto peor para vosotros y para vuestros hijos! . . . . La cuantiosa fortuna, en manos de un hijo educado en la escuela laica, no es sino llave de oro, con que ese hijo laicamente educado se abre las puertas del panóptico: ¿no irá allá? La justicia ¿será condescendiente con él?—No importa! . . . . El dedo del público le estará, sin cesar, señalando la horca!

El desabrimiento de la vida, la invencible repugnancia al trabajo, el ansia nunca satisfecha de placeres vedados, ved ahí algunos de los efectos necesarios de la educación laica.—Hoy se abren las escuelas laicas: mañana os asombraréis, presenciando cómo jóvenes y hasta niños cometen crímenes, que parecían incompatibles con su edad! . . . . ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?—La educación laica extingue el pudor moral; la educación laica amortigua y acalla del todo en la conciencia el remordimiento . . . .

¿Mandáis vuestros hijos á la escuela laica?—¡Aguardad! . . . . Ellos serán mañana los ejecutores de la justicia de Dios!! . . . . Serán una calamidad para vosotros mismos, padres y madres de familia. No lo dudéis.

Venerables<sup>d</sup> Hermanos, amadísimos Hijos, á ninguno de vosotros se oculta cuán grave y cuán desconsoladora es la situación actual de nuestra República, y así no os sorprenderéis de nuestra insistencia en daros la voz de alerta, y en advertiros á tiempo, para que los males, que caerán so-



bre vosotros, no os cojan desprevenidos. ¿No habéis observado lo que hace el padre de familias, cuando los ladrones saltean su casa?—Llama, grita, pide auxilio! . . . . ¿Y qué se hace, qué se debe hacer, cuando el fuego amenaza un edificio? ¿No se dará la voz de alarma? ¿No se tocará á incendio? ¿No se acudirá al momento á extinguir el fuego? ¿Será prudencia quedarse callado? . . . . Gran peligro amenaza á la República; salteadores arriman ya su escala al muro mismo del hogar cristiano! Nosotros, que lo vemos, ¿pondremos el dedo sobre nuestros labios? ¿Guardaremos silencio? . . . . ¡Ah! No: clamaremos, daremos la voz de alerta, despertaremos á los que duermen, estimularemos á los cobardes, aguijonearemos á los indolentes! . . . .

Obra de verdadero patriotismo hacemos; obra de patriotismo sincero, obra de patriotismo desinteresado: la educación laica es una catástrofe para la República, la mayor de las catástrofes con ser tantas y tan terribles las catástrofes de que el triste Ecuador ha sido víctima . . . . ¡Ecuadorianos, ¿queréis que desaparezca la República? No sois católicos?—Está bien: no lo seáis! . . . . ¿No seréis siquiera republicanos?—Pues, sabed que la educación laica es el filtro mágico, con que en todas partes el despotismo enflaquece las almas, enerva los caracteres, priva el espíritu de su virilidad, y hace á los ciudadanos incapaces de la libertad, de la verdadera, de la genuina libertad política . . . . Ciudadanos educados sin religión; ciudadanos amamantados con la leche deletérea de la impiedad; ciudadanos, destetados con pan de placeres corporales; ciudadanos, abitos desde los bancos de la escuela con deleites prohibidos, son ciudadanos débiles y de voluntad enfermiza para las virtudes republicanas, que exigen sacrificios . . . . Obra de patriotismo es la que hacemos, clamando, como clamamos, con toda la energía de nuestra alma, contra la educación laica, contra la educación atea,

contra la educación materialista, que el radicalismo suele dar á los niños, que tienen la desgracia de caer en sus manos.

¿Habrá alguien que dude de que la educación laica es la mayor calamidad no sólo contra la Religión, sino contra la libertad política?

### V III.

¡Escuela laica! . . . . ¿Qué más? . . . . ¡Cuartel laico! . . . . ¿Cuartel laico? ? ?—Sí: cuartel laico, cuartel sin Dios, cuartel sin religión! ! . . . . Vais à verlo.

Un día, el hijo del pueblo se aburre del trabajo cotidiano: le fastidia un trabajo honesto, que le da para la familia pan tasado, pero suficiente: huye del taller, lo abandona . . . . ¿A dónde va?—Va al cuartel: allí ahora no hay Dios, y hay pan: pan, hartos; religión, nada . . . .

Helo ahí: está otro! . . . . Se ha acomodado al cuerpo un uniforme nuevo, y se contonea muy galano: su ocupación es monótona, ruda, dura: largas horas se está pasando, acompasadamente, con estudiada seriedad, del lado derecho; al lado izquierdo su fusil.

En campo abierto va, viene; corre, se agita, sudá; hace rodar la cureña; ya pone el cañón; ya lo quita. Está aprendiendo: ¿qué aprende?—Aprende á matar y á huir!

Recorre las calles de la ciudad . . . . Es de ver cómo balancea el cuerpo, al són de la corneta: ó á los variados redobles del tambor. Ejercicio muscular, mucho; ejercicio mental, ninguno: los músculos están flamantes; las facultades mentales, enmohecidas en dilatado sopor! He ahí el cuartel laico: así es en los cortos momentos que dura entre nosotros la tranquilidad pública.

Estalla la revolución, comienza la guerra civil: al campo de batalla! ! . . . . El hijo del pueblo per-



sigue entonces á sus conciudadanos y se hace enemigo de los suyos: persigue á sus conciudadanos, sin odiarlos; y es enemigo de los suyos, porque se lo mandan. No es la Patria quien le ha puesto las armas en la mano: la Discordia lo ha armado! . . . . Da la muerte, porque se le ha mandado disparar! . . . . Cae muerto en el campo de batalla: manos asalariadas entierran sus restos ensangrentados: no hay lágrimas en su enterramiento: la gloria no recoge su nombre: la Religión no bendice su sepulcro! . . . . Los cuervos han olfateado el campo de batalla, acuden en bandadas y se están revoloteando, mientras perros hambrientos lamen con ansia la sangre, que empapaba el suelo.

Y esto ¿qué es? . . . . Eso hemos dado en llamar *campos del honor!* . . . . ¿Campos del honor?— Sí: ¿cómo no? Allí todo honor quedó sepultado . . .

Sucede á veces que el hijo del pueblo regresa del campo de batalla, pero no regresa sano y robusto, como cuando abandonó su hogar, sino falto de miembros y mutilado: cariacontecido entonces y cabizbajo, arrastra, penosamente, ayudándose de muletas, su cuerpo, enfermo é incompleto . . . . Los poderosos lo ven pasar, y lo desprecian: un inválido es una carga para el Tesoro nacional! . . . . El público lo mira con indiferencia: no le tiene lástima!

Despreciado de aquellos mismos, para cuyo ennumbramiento no ahorró su sangre, ni escatimó su vida, se va apagando lentamente en la oscuridad . . . . ¡Murió . . . . El Tesoro nacional está de plácemes . . . . Un sumando menos en el presupuesto de los egresos!—¿Ya conocéis el cuartel laico?—Aún falta algo: algo que aflige, algo que aterra; algo que causa honda amargura, algo que desconsuela el alma. Oídme un instante! De súbito, comienza á despertarse el alma del soldado: el golpe brusco de una humillación inesperada ó la herida repentina de una desgracia imprevista

la ha tocado, la ha sacudido: se despierta moralmente, vuelve en sí, abre los ojos y el hijo del pueblo queda despavorido . . . . ¡Se ha visto á sí mismo !!!

La muerte, con ser tan terrible para todos, le parece á él halagüena, más halagüena que el vivir, que su triste, que su desengañado vivir: el sepulcro, á pesar de sus tinieblas, es menos tenebroso que su calabozo del cuartel: hay en los hielos de la nada un reposo, un abrigo indefinible para su alma, aterida por el viento del dolor, que sopla sobre ella . . . . La inmortalidad lo atrae; mas él no lo conoce . . . . Apagada la fe, mueren las esperanzas de lo eterno. Inquieto, desasosegado, echa mano de una arma y la dispara contra sí mismo . . . . No hay alma tan desventurada, como la del soldado que ha perdido la fe!

Huir de un mal que pasará, y precipitarse en una desgracia que no tendrá fin nunca jamás ¿será cordura?

Buscar en el suicidio el alivio para la conciencia, es buscar en la inmortalidad el término de la vida! ¡El término de la vida mortal, en la eternidad del dolor! . . .

¿No habéis advertido cuán frecuentes se han hecho, desde ahora diez años, los suicidios en los cuarteles ecuatorianos? Cuando la conciencia del soldado comienza á despertar del aletargamiento moral, en que los goces sensibles la tenían adormecida, y no encuentra á Dios á su lado, pone término con la muerte á sus estériles remordimientos. — Escuelas laicas, cuarteles laicos! . . . . Dentro de poco, decidme ¿qué será del pobre Ecuador?

## IX

Os voy á poner de manifiesto lo que es la educación de veras cristiana, y lo que es la escuela laica.



Para los católicos el niño es un sér sagrado, el niño nos inspira respeto. ¿De dónde nace esto? ¿Quién nos ha inspirado estos sentimientos respecto de los niños?—Para saberlo, abramos el santo Evangelio y leamos una de sus más encantadoras páginas.

Cuando nuestro Señor Jesucristo vivió vida mortal en este mundo, demostró predilección especial á los niños: los llamaba á su lado frecuentemente, los ponía junto á su misma adorable persona y gustaba de rodearse de ellos: á veces, les acariciaba amorosamente, y un niño hubo, tan extraordinariamente dichoso, á quien el Redentor lo hizo sentar sobre sus rodillas y lo presentó á sus Apóstoles, mientras les hablaba de las condiciones que debían distinguir á la virtud, para alcanzar, por medio de ella, el reino de los cielos.

Entre el Hombre-Dios y los niños existía una correspondencia admirable: los niños lo buscaban, procuraban acercarse al Señor, lo seguían: hasta los más tiernos, hasta esos pequeñuelos que todavía no podían andar, hasta éstos, que todavía eran llevados en brazos por sus madres, cuando veían á Jesucristo lo conocían, se reían de contento, lo saludaban con sus ojos y daban señales evidentes de la inefable alegría, de que se llevaban sus almas inocentes con la vista del Señor.

Las numerosas muchedumbres que andaban siempre acompañando al Gran Profeta, como le solían llamar las gentes, eran compuestas de todas clases de personas, entre las cuales se distinguían las madres, que acudían con sus hijos para presentárselos al Señor y pedirle que los bendijera. Unas los llevaban de la mano; ótras desde lejos, alzándolos en brazos, los mostraban, y, á gritos, le suplicaban que les diera su bendición, esa bendición del Profeta asombroso, tan ambicionada de las madres para sus niños . . . . . Rompían el tumulto, se abrían camino por entre la

multitud y se abalanzaban hacia Jesucristo; y Jesucristo las recibía con benevolencia, ponía sus manos divinas sobre las cabecitas de los niños, y los bendecía. ¡Ah! el Gran Profeta de Nazaret había bendecido á sus niños: las madres se quedaban contentas, satisfechas!!!....

Un día el tumulto era inmenso: las muchedumbres no tenían número; crecía el ruido, y oleadas de gentes se agitaban en torno de Jesús: por entre el apiñado concurso, las madres porfiaban para abrirse paso y llegar delante del Señor: los Apóstoles quieren evitar esa, que, para ellos, era una irreverencia, que las mujeres iban á cometer contra el Maestro, y las reprenden y las obligan á retirarse: lo nota Jesucristo, y los corrige, diciéndoles estas palabras, que son, acaso, las más regaladas, que para los oídos de las madres se hayan pronunciado jamás: «Dejad que los niños se acerquen á mí: no les estorbéis ni se lo impidáis. *Sinite parvulos venire ad me. Nolite eos prohibere ad me venire*».

Ya sabéis, ¡oh! madres de familia, madres cristianas, madres, ya sabéis lo que significa y lo que es la educación cristiana.... Jesucristo Nuestro Señor ama á los niños: ¿cómo no los habría de amar, si los niños son inocentes, y la santidad por esencia se complace en el candor de las almas puras?.... Tomad en brazos á vuestros hijos y llevádselos á Jesucristo: pedidle que los bendiga! Leemos en el Santo Evangelio que Jesucristo no sólo recibía con cariño á los niños, sino que los abrazaba, y, teniéndolos así abrazados contra su pecho, oraba por ellos. *Et complexans eos orabat super illos* (1).

¡Madres, ah madres cristianas, ved, mirad!... Allí teneis la educación cristiana, la escuela de veras católica!:... ¿Qué pretende el Liberalismo? ¿Qué se propone? ¿Qué quiere?....

---

(1) Véase el capítulo décimo del Evangelio de San Marcos.



¡Ah las tendencias del Liberalismo! ¡Los propósitos del Liberalismo!!... Aquí, ahora, en el Ecuador lo que se ha propuesto el Liberalismo con su educación laica, es lo que con ella ha intentado en todas partes: arrancar de los brazos de Jesucristo á los niños y entregarlos en las garras de Satanás!!!... Considerad qué propósitos tan abominables son los del Liberalismo: vosotros, ¿cooperais á ellos? ¿Seréis cómplices de esa gran iniquidad? ? ? . . . .

Busquemos ahora en la misma Historia sagrada el símbolo figurativo de las escuelas laicas. ¿Cuál es ese símbolo?—Helo aquí: es Moloch, el dios de los Anmoneos, y el culto sangriento que al ídolo le tributaban los pueblos idólatras de la comarca de Canaán.

Al oriente de Jerusalén, en el valle angosto y triste de Topheth, se levantaba el altar de Moloch: el simulacro era de bronce, cóncavo por dentro, y fijuraba un coloso enorme, con cabeza de toro y cuerpo de hombre: el ídolo estaba bastante inclinado hacia delante, con ambos brazos abiertos, en aptitud de cojer las víctimas entre sus manos . . . .

El ara, en que se colocaban las víctimas, era el vientre mismo del ídolo, de manera que, pasando las víctimas por las manos de Moloch, éste las metía en su propio vientre: el vientre era hueco y tenía la forma de una caldera grande, cubierta con una parrilla.—Ya habéis visto al ídolo: oíd ahora como se hacía el sacrificio.

¿Qué víctimas se ofrecían á este demonio?—A Moloch se le ofrecían en sacrificio víctimas humanas, niños, niños tiernos, niños inocentes . . . . El mismo padre ó la misma madre del niño, llevándolo de la mano ó en sus propios brazos, se acercaba á la estatua del dios, desnudaba al niño lo colocaba entre las manos del ídolo y lo empujaba á la parrilla . . . . Los sacerdotes encendían al punto el fuego, lo atizaban . . . . la parrilla se con-

vertía en aſcua . . . . Era la hora del dolor y de la agonía para el niño . . . . Para que no se oyeran sus lloros, sus lamentos, sus alaridos, todos los circunstantes daban saltos, danzaban y bailaban al són de sonajas y tamboriles . . . . Todos los días el ministro de Moloch limpiaba con una escoba la parrilla, recogía las cenizas de los niños inmolados al demonio, y las arrojaba al torrente del valle . . . .

Madres de familia ¿qué os parece el culto de Moloch?—En el orden moral, en el orden social y, sobre todo, en el orden religioso, la escuela laica es el culto de Moloch.

A este demonio le daban culto no solamente los idólatras, sino también los israelitas: cuando estos apostataban de la religión de Moisés, sacrificaban sus hijos á Moloch, y lo adoraban en lugar del Dios verdadero.

Para que los padres católicos, para que las madres católicas lleven sus hijos á la escuela laica, será necesario que apostaten primero de la religión de Jesucristo . . . . ¡Apóstatas, ¡ea! tomad á vuestros niños, encaminaos á la escuela laica . . . . Moloch se ha agachado ya para cogerlos . . . . la parrilla arde ya, está ya caldeada . . . . poned á vuestros hijos entre las manos enormes del ídolo . . . . comience la danza, aturdíos con la algazara que hace el Liberalismo, bailando en derredor del demonio . . . . ¿Para qué habéis de oír los alaridos de vuestros hijos?

Quito, dos de Diciembre, primera Domínica de Adviento del año de 1906.

✠ Federico,

Arzobispo de Quito.